



Próximo número:

## La sombra del padre

hermosa producción inter-  
pretada por el gran artista de  
la pantalla CHARLES RAY.



SUGESTIVA - MUY INTERESANTE  
GRANDIOSO ÉXITO

POSTAL - FOTOGRAFIA: LEE MORAN

Sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

**¿Qué sorpresa prepara LA NO-  
VELA SEMANAL CINEMATO-  
GRÁFICA?... ¡Completad toda la  
colección pues pronto se sabrá  
y podrá ser tarde si se agotan  
los números!**

# La Novela Semanal Cinematográfica

Nº 39

25 cts



EL  
VALLE DE  
LOS GIGANTES

por  
**FilmoTeca**  
de Catalunya



CRUZE, James

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Gran Via Layetana, 17  
Administración { Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 39

### El Valle de los Gigantes (VALLEY OF THE GIANTS, 1919) por WALLACE REID

Argumento de la película de dicho título

#### PROGRAMA AJURIA

Concesionarios: — **SELECCINE, S. A.**  
Ronda Universidad, 14.—Entlo. — Barcelona.

\*\*\*\*\*

Hace muchos años, al llegar el crepúsculo de un día de verano, un hombre de raza blanca puso por primera vez los pies en las grandes selvas de la California Septentrional...

Ese hombre fué Juan Cardigan, uno de los precursores del Oeste norteamericano.

Y largos años después, cuando Cardigan había conquistado la fortuna á fuerza de energía y de trabajo, regaló á su esposa, un regio obsequio de bodas: EL VALLE DE LOS GIGANTES, poblado de inmensos árboles cuyas frondas espléndidas se agitaban junto á las nubes.

Y cuando algunos años más habían transcurrido, y Cardigan había perdido á su compañera, enseñó á su hijo Bryce á considerar aquel valle como propiedad de su madre, lo mismo en muerte que en vida. Aquellos orgullosos centinelas de la selva guardaban, á un tiempo, una tumba y una sagrada memoria.

Cierto día, Cardigan condujo á su hijo al venerado lugar y, mostrándole su belleza, le puso al corriente de sus deseos que deseaba acatará si él viniera á faltar:

—Ni un árbol deberá cortarse de este Valle, Bryce... Algún día lo entregaremos á la nación, para que viva eternamente su incomparable belleza y no lo profanen, ni el hacha del leñador, ni la planta del turista.

Pero cuando Cardigan se hizo viejo y su hijo estaba ausente, un ladrón sacrílego echó abajo el árbol que marcaba la tumba. Y el valle entero, al repercutir con el eco de la caída de aquel monarca que doblegaba la cerviz, pareció alzar un grito de protesta.

Luego, al cabo de dos años de viajar por Europa para completar su educación, Bryce, el hijo de Cardigan, regresaba al hogar paterno.

En el mismo departamento de primera clase del tren en que iba Bryce, se encontraba una linda señorita, Elena Penington, que, esmeradamente educada, sabía hacerse respetar á los ojos de los muchachos que querían flirtear con ella.

Bryce tuvo tiempo de convencerse del carácter poco amigo de aventurillas de Elena, pues no pudo conseguir que, al mirarla, su mirada retuviese la suya siquiera un instante; al contrario, Elena rehuía con visible enfado su

fluido magnético. Tal aversión hacia él, intrigaba á Bryce, que aunque no se creía «guapo» se avaloraba lo bastante para merecer la conquista de una mujer, hasta el punto que hubo de preguntarse si había en la tierra seres «glaciales»...

El, mirándola á hurtadillas, y ella, volviéndole continuamente el rostro con un gesto de enfado, así fueron pasando estaciones...

A cada nueva parada del tren, Elena se figuraba que el joven de insistente mirada se aparearía... Pero su deseo no se cumplió... hasta que ella misma lo hizo.

Elena extrañóse sobremanera de ello y con la dama de compañía que había viajado con ella, se dirigió prestamente, al salir de la estación de destino, hacia un automóvil parado frente y cerca de ella.

Junto al auto se hallaba un mestizo, Jorge Otter, cuya madre fué la nodriza de Bryce y que, por tradición, y por instinto, se había convertido en el esclavo de éste.

Elena preguntó al mestizo:

—¿Es este el coche de línea para Sequioa?

—Este es un coche particular, señorita.

Bryce, que iba detrás de las citadas señoras, oyó la conversación que sostenían con su criado, y sonriendo satisfecho de la ocasión que se le brindaba para hablar con Elena, se le puso al lado y gentilmente la dijo:

—Ya que el coche de línea no circula más que los miércoles y los sábados ¿me permite usted que le ofrezca un asiento en mi automóvil?

La sorpresa que recibió Elena era tan inesperada como chocante. Por cierto, tenía gracia que los dos fuesen á una misma parte del

mundo, cuando el mundo no conocía límite.

Como quiera que Elena lo mirase con curiosidad, Bryce la dió informes acerca de su persona:

—Me llamo Bryce Cardigan y creo que cualquiera de los que aquí viven puede decirle que soy un excelente sujeto... y digno de confianza.

—¿Usted es Bryce? ¡Ah! Entonces usted es el muchacho que me llevaba á recoger moras al bosque, cuando vine á visitar á mi tío Guillermo... hace ocho años...

—Justamente. Y eso era lo que quería yo recordarle á usted cuando veníamos en el tren... Pero me echó usted unas miradas tan iracundas...

Como era de suponer, Elena aceptó la amable invitación del amiguito de antaño, y el auto, con tan preciosa carga, parecía rodar más ligero...

Algunas horas más tarde, Elena quiso detenerse á admirar el panorama grandioso de infinitos bosques que se veía desde la carretera.

Bryce conocía punto por punto aquel lugar y señalándola con la mano cierto sitio, la explicó:

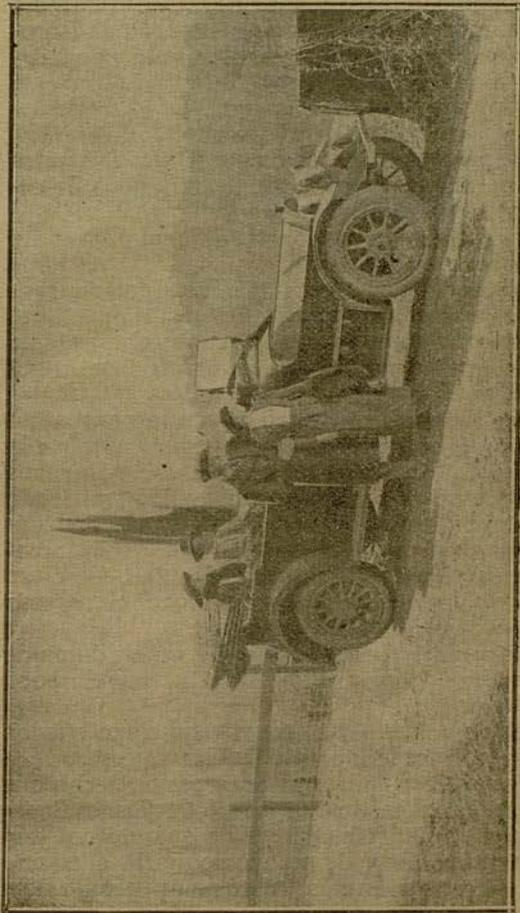
—Allí se extiende el Valle de los Gigantes... donde está la tumba de mi madre. Recuerdo que, una vez, fuimos á visitarla juntos usted y yo.

—Me parece recordarlo...

—Y todos los bosques que coronan el valle son de mi padre...

—¿Pero cómo puede ser? Si mi tío es el dueño de ellos...

—¡Ah! Pues el año pasado eran de mi padre... De eso no me cabe duda...



Elena volvióse al auto mientras el mestizo hablaba con Bryce:

—No me puedo callar, Bryce. Tu padre no quería decirte nada mientras estabas en Europa por no disgustarte, pero lo cierto es que...

—¿Qué, mi buen Jorge?...

—El pobre está casi ciego...

—¿Casi ciego? ¡Oh, padre mio!

Tristemente reunióse Bryce á Elena, á quien le manifestó, como si estuviese seguro de encontrar en ella consuelo:

—Jorge acaba de decirme que mi padre está casi ciego...

No anduvo desacertado Bryce al suponer que Elena había cambiado el gesto que adoptara para con él en el tren, pues compartió su dolor cual si á ella también la afectase la noticia.

Caía la tarde; el padre Bryce, esperaba impaciente á su hijo. De un tiempo á aquella parte, sólo tenía una preocupación: evitar más pérdidas que las que había venido sufriendo durante la ausencia de su hijo. Le quemaba la pena de tener que confesarle que había fracasado en cierta importante empresa. Pero su encargado tenía confianza en que al regreso de Bryce cambiarían las cosas.

El automóvil en que iban Elena, su dama de compañía, Jorge y Bryce, llegó al pueblo poco después.

Elena y Bryce se despidieron como buenos amigos y desde luego volverían á verse.

Para evitarla el recorrer á pie el trecho que separaba su casa de la del tío de Elena, Bryce la hizo conducir hasta ella en su auto por Jorge, excusándose de no acompañarla él mismo por estrechar en sus brazos más pronto á su

amado padre.

El coronel Guillermo Penington, tío de Elena, aspiraba á ser el Rey de los Madereros, por las buenas ó por las malas.

Jorge no hacía buenas migas con el coronel, y de ello dió una prueba al contestarle, cuando le tendía la mano con una moneda para remunerarle el servicio prestado á su sobrina:

—Traje la maleta porque mi amo me dijo que atendiera á la señorita, pero no aceptaré su cochino dinero.

Hecha tal réplica, que no fué oída por Elena porque ya había entrado en la casa, Jorge giró sobre sus talones y dejó plantado al odiado coronel.

Entretanto, Bryce colmaba el más ferviente anhelo de su padre volviendo á su lado, esta vez para siempre.

—¡Bryce! ¡Hijo mio! ¡Qué alegrón!...

—¡Padre de mi alma! ¡Cuánto deseé estar contigo desde que supe que tu vista estaba delicada!... ¡Si yo lo hubiese sabido antes...!

—No será nada, hijo mio; ya verás tú como me pongo bueno ahora que tú has vuelto.

—Para conseguirlo lo sacrificaría todo, padre. ¡Ciego tú que mereces todas las alegrías!... ¡Oh, no; sería una injusticia del cielo!

—El cielo fué bueno conmigo que me dió á tí, hijo... Los hombres no son los mismos de antes... Se han vuelto malos...

—Vayamos á casa, padre, y en ella, con toda calma, me lo contará usted todo, y aquí estoy yo, que tengo fe en usted, y en mis energías.

Como suele ocurrir á los que regresan de un largo viaje, el viejo hogar... y la vieja ama de llaves, tuvieron más atractivos que nunca para Bryce.

Todo le recordaba dulces momentos de su juventud y al evocarlos se le hinchaba el pecho de gozo.

La vieja criada, que le había visto nacer, lloraba de alegría al contemplar tan «hombre» aquel rapazuelo travieso...

De pronto, Bryce sintió un aroma apetitoso que le era familiar y le dijo á la fiel ama de llaves:

—Me parece que huele á pastel de moras, Marta.

—Creía que ya no te acordabas de mis dulces....

—No llegó á tanto mi ingratitud.

—Aguarda; ya deben estar listos los paste-  
litos que te he preparado.

—Qué buena es usted...

—Mejores son los pasteles... y no dicen nada.

Marta le trajo á Bryce al poco rato un pastel de moras que él, después de contemplarlo, elogiarlo, lo dedicó á Elena, encargando á Jorge, que ya estaba de vuelta en la casa, que se lo llevara.

Antes de que el meztizo saliera á cumplir la orden recibida, el padre de Bryce hizo esta revelación á su hijo:

—Bryce, el tío de esa joven me ha despojado de casi todas mis propiedades.

—¡Cómol! ¿El coronel Penington?

—¿Lo llevo...? —preguntó Jorge, por el dulce.

—Sí... La joven no tiene culpa de las bribonadas de su tío, padre, y es encantadora.

—Ahora, padre, desembuche usted cuanto haya de decirme, sin omitir ningún detalle.

—Pues bien, hijo, escúchame...

A fin de seguir dando trabajo al Aserrade-

ro, pedí dinero prestado á Penington para comprar el material, en la inteligencia de que su ferrocarril sería el que cargara los troncos y los llevara desde el bosque á la estación... Ahora el muy canalla, rehusa renovar el contacto de carga y transporte y no me quiere devolver el pagaré que le dí, por cien mil dólares, con hipoteca sobre el Aserradero... Dentro de seis meses se cerrará el Aserradero... á menos que consienta yo en venderle el Valle de los Gigantes, que es lo que en realidad ha querido desde el principio.

—¡No ocurrirá eso, mientras yo viva! Si Penington no quiere transportar nuestra madera, mandaremos por Ogilvy, que es nuestro mejor amigo, y haremos creer á la gente que vamos á construir un ferrocarril propio. Construiremos ese ferrocarril en el papel nada más, á fin de que Penington renueve el contrato de transporte en vez de dejarnos aquí con la madera en las manos...

—No me parece mala tu idea...

—No te preocupes, padre; la razón vencerá á la astucia.

Elena, por su parte, recibía el obsequio de Bryce con una tarjeta del joven, cuyo manuscrito al dorso decía:

*“Señorita Penington: Le suplico que acepte este pastel de moras, único en su género, con mis sinceras manifestaciones de afecto.”*

El coronel Penington se enteró de la simpatía que se profesaban su sobrina y Bryce y no vió en ello ningún inconveniente para el éxito de sus planes. Al contrario, quizá cultivando la amistad de Bryce podría obtener lo que la testarudez del padre le venía negando: El Valle de los Gigantes.

Elena depositó el pastel de moras encima de una mesa cuya belleza le llamó la atención. Su tío complació su curiosidad:

—Esta mesa está hecha de una sola pieza con un nudo de pino.

—¡Es muy bonita!

—El nudo de esta clase se forma algunas veces en los árboles y, como es tan raro y tie-



—*¡No ocurrirá esto mientras yo viva!*

ne una veta tan fina, resulta una madera preciosa...

—No vi nunca una mesa tan maciza y lujosa como esta.

A la mañana siguiente, Bryce mandó una nota pidiendo auxilio á su amigo Ogilvy, cuya especialidad eran los anuncios, los reclamos, la publicidad y el "bluff", y que no tenía rival en éstos asuntos. A tal efecto, le cursó el tele-

grama siguiente:

"B. Ogilvy - Hotel Palacio - San Francisco.

Apenas recibas éste dirígete á Sequioa trayendo contigo mejor oculista conozcas. No importa cuanto cobre. Me queda tan poco dinero que no me importa quien se lo lleve".

Bryce dirigióse á la Estafeta de Correos y Telégrafos para depositar su parte, y luego,



*Elena, por su parte, recibía el obsequio...*

antes de volver á su casa, fué á dar un vistazo á la madera.

En el Valle de los Gigantes, encontró la tumba de su madre profanada.. y el gigantesco árbol que la daba sombra, robado de su precioso nudo.

Al pie del árbol Bryce vió un sobre que recogió. Iba dirigido á:

"Julio Rondeau

*Capataz de la Compañía Maderera Penington.  
Sequioa".*

Este dato le descubría el probable autor del sacrilegio. El sobre pertenecía al capataz del coronel... pero era casi seguro que él no había obrado por su propia cuenta, sino por la de su contratista. Quedaba pues demostrado que Penington era, por envidia, su enemigo mortal.

En camino de regreso al hogar, Bryce vió á Elena, y tan inocente visión llevó á su corazón la caricia de la dicha.

—¿Cómo sigue usted desde ayer, Elena?

—Bien, gracias, ¿y usted? Le agradezco mucho su pastel... Me gustó de veras...

—Me complace que lo haya usted aceptado...

—Iba á llamarle por teléfono para invitarle á cenar con nosotros.

—Agradecidísimo, Elena. No sabré cómo demostrarle mi reconocimiento á tanta consideración...

Aquella noche, en casa de Penington, antes de cenar, se confirmaron las sospechas de Bryce respecto al robo del nudo del árbol, pues Elena, inconscientemente, sacó á relucir la mesa, diciendo que su tío estaba orgulloso de ella, y que la consideraba de un valor inestimable.

Con doble intención, Bryce asintió en lo que decía Elena:

—Esta mesa, en verdad no tiene precio; pero supongo que al comprarla se habrá pagado alguna cantidad determinada.

No fué contestada su pregunta... Penington tenía sus motivos para desviar la conversación hacia otro tema...

La velada resultó sumamente agradable pa-

ra Bryce, que resolvió, al terminarse esta, vencer á Penington y, además, casarse con la sobrina, pues como lo había supuesto la primera vez que la viera en el tren después de ocho años de separación, si no era guapo, guapo, se consideraba capaz de valer su conquista... Y, sin remisión, había conquista en puerta, y ésta no se resistiría á abrirse por poco que se empujase...

Por si algo anormal ocurriese entre él y el coronel, por defender legítimos intereses contra la rapiña de éste, Bryce se aseguró la confianza de Elena:

—Prométame usted que somos antiguos amigos... y que lo seguiremos siendo.

—Así lo deseo.

Por la mañana del día siguiente, Bryce visitó el campo maderero de Penington sin saber que el juez More, abogado de Elena, había elegido ese mismo día para recorrer la propiedad.

El único motivo que había inducido á Bryce á ir allí, era encontrarse con el capataz del coronel. Fácil le fué reconocerlo entre los trabajadores:

—¿Eres tú Julio Rondeau?

—Sí; ¿qué quieres?

—Pues vengo á darte una mano de bofetadas por haber ido á echar abajo el árbol al pie del cual está el sepulcro de mi madre.

—¿A mi qué me cuentas con eso?

—Por lo pronto te hincho los carrillos de truhán...

—¡Maldita sea! Me la vas á pagar...

Los trabajadores rodearon á su capataz y á Bryce que luchaban furiosamente, y al grupo vinieron á juntarse el juez More y el mismo Penington con su sobrina que acababan de

personarse en sus depósitos de madera.

Penington se figuró la causa de la riña, y disimulando su cólera contra Bryce, aprovechó una ocasión para empujarlo violentamente con la intención de hacerlo caer al suelo para que su capataz le cobrara gran ventaja y le propinara una lección «merecida».

Pero el juez More reparó en la traición de Penington... Sin embargo, por no excitar los ánimos, calló...

Por si la razón propiamente dicha no fuera bastante, la razón de los puños de Bryce salió vencedora, y fué este último quien derribó al capataz obligándole á decir la verdad:

—Demonio—gimió el vencido—Yo no tenía ganas de echar abajo el árbol, pero el coronel Penington me dijo...

—¡Ahl Eso era lo que yo quería saber, bruto... En cuanto á tí, Penington, te juro que te acordarás del hijo de la santa cuya tumba mandaste hollar...

Tan rápido en sus palabras como en sus hechos, Bryce se arrojó como un león sobre el coronel, y éste lo habría pasado mal si Elena, con gesto airado, y en el fondo segura de su dominio femenino, no le dijera á Bryce:

—¿Como se atreve usted á atacar á mi tío?

Bryce echó á correr, y los trabajadores, para dar una prueba de fidelidad á su contratista, le persiguieron profiriendo amenazas.

Elena, su tío y el juez More, subieron á un tren cargado de madera, y debido á una falsa maniobra el convoy se puso en marcha.

Los trabajadores se alarmaron clamando á gritos:

—El tren va desbocado... y el amo y su sobrina se hallan en él.

Afortunadamente, Bryce, huyendo de sus perseguidores se había escondido en un vagón cargado de troncos de árboles, y, dominando friamente la situación, pudo evitar una catástrofe, desenganchando el tren á pocos pasos de un río.

Elena, su tío y el juez, se apearon trémulos de emoción y agradecimiento.

—¿Dónde está Bryce?—preguntó, buscándole, el juez More.—El fué quien salvó nuestras vidas.

No pudiéndole perdonar á Bryce el agravio que le había hecho delante de su gente, Penington, aunque no dijera lo que sentía, intervino:

—Si, pero también trataba de salvarse él mismo.

Bryce apareció, y como oyera las palabras del coronel, rehusó los elogios del juez contentándose con la muda admiración de Elena.

—Como Penington dice—aclaró Bryce—suplico que estaba yo salvándome á mí mismo.

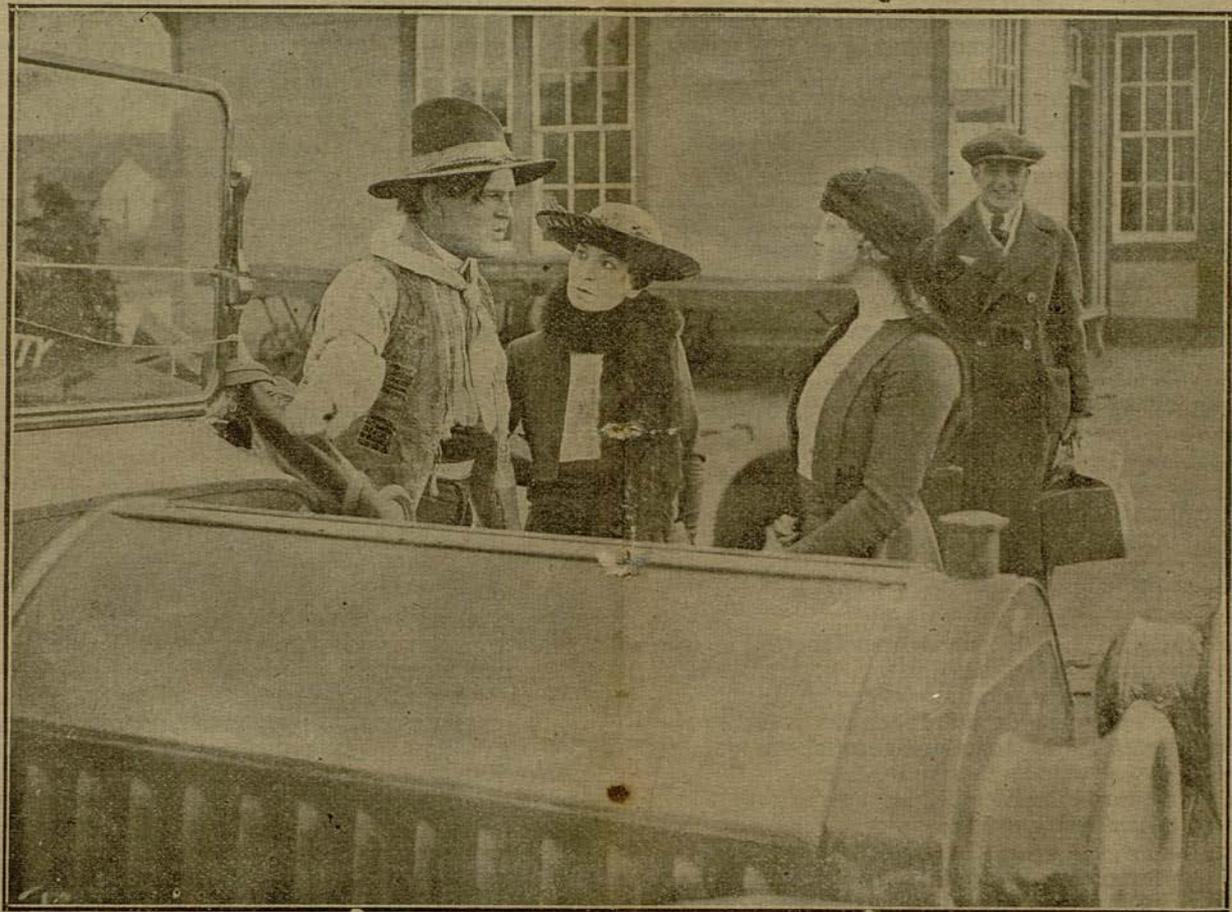
Buck Ogilvy, el propagandista, llegó á Sequoia.

Como Bryce y Ogilvy eran buenos amigos, celebraron mucho poder trabajar juntos una temporada.

Con Ogilvy vino el oculista solicitado, el cual, después de su visita, prometió operarle con éxito las cataratas al padre de Bryce. Este, entonces, animó á su padre:

—Alegrese, padre. Pronto recobrará usted la vista. Mientras Buck y yo iniciamos nuestra campaña á propósito de la línea de ferrocarril que NO vamos á construir, el doctor te tomará por su cuenta.

Pero el padre de Bryce, antes de que el doc-



*Este es un coche particular, señorita.*

tor se metiera con él, se propuso ir á tratar de arreglar con Penington el asunto del pagaré.

Bryce encontró á Elena, casualmente, é iba á pasar disimulando no haberla visto; pero ella le detuvo para darle las gracias por su noble comportamiento de la víspera gracias al cual había salvado sus vidas....

Bryce contestó con una breve frase. Tenía su plan: fingiendo cierto enojo con ella por la escena que presenciara é interrumpiera entre él y su tío, el día anterior, confiaba atraerse á Elena completamente y evitar al mismo tiempo, durante unos días, que las gentes del pueblo les vieran juntos encantados de la vida. En efecto, Bryce quería ser lo menos visto posible, para poder trabajar más libremente, sin que ni ella se enterase de que era él quien dirigía la amenazadora campaña.

Elena había llegado á la mayor edad y deseando poner en regla sus asuntos particulares se fué al encuentro de su tío y le informó:

—Ahora que he llegado á la mayor edad, el Juez More quiere que me digas todo lo relacionado con mis negocios. Él es mi abogado ¿sabes?

—¡Ah! ¿si? Está bien; voy á complacerte; aguarda un minuto ¿quieres?

No pudieron seguir hablando de sus negocios, porque el padre de Bryce entraba en aquel instante en el despacho del coronel Penington.

—Me retiro, tío—dijo Elena.

—No es necesario; quédate; proseguiremos luego los dos.

—Perdón si molesté, Penington.... He venido á vender el Valle de los Gigantes, reservándome nada más los veinte acres que hay en de-

rredor de la tumba de mi esposa.

—Ahora ya no estoy interesado en comprar ese terreno, Cardigan.

—Me sorprende su cambio de parecer.... Hoy vale más de lo que valía el año pasado... y el año pasado quería usted comprarlo.

—¡Lo sientol... No me conviene... no me conviene esa adquisición....

Afligido por la humillación que le había hecho Penington despreciándole el Valle que tanto codiciaba antes, el padre de Bryce se alejó de su casa cabizbajo y entregado á profunda meditación.

Elena, compadecida de la tristeza del padre de Bryce, preguntó á su tío al quedar solos:

—¿Por qué no comprarlo? Así podremos mostrar nuestro agradecimiento á Bryce por habernos salvado la vida.

—No es momento propicio para comprar. Cuando haya yo hecho efectiva la hipoteca que tengo sobre su aserradero, me ofrecerá el Valle á bajísimo precio.... Mas, dejemos eso y vayamos por lo nuestro; ¿no te parece mejor?

—No me importa ahora lo de mis negocios. Voy á hablar de otra cosa con el señor More.

El resultado de la entrevista de Elena con su abogado fué una sorpresa para el padre de Bryce, comprándole More el Valle en nombre de un cliente misterioso, pagando él mismo con un cheque firmado de su puño y letra, por no querer su cliente que se supiera su intervención en el asunto.

El padre de Bryce no trató de saber quién podía ser el comprador anónimo, mucho menos al enterarse por el juez que su cliente no tenía intenciones de hacer cortes de madera en el Valle... por aquel entonces.

Bryce y Ogilvy desplegaban sus actividades para el rápido logro de sus planes.

—Haz tu campaña de publicidad, Ogilvy, como si fuéramos á construir el ferrocarril.... Tal vez lo construyamos, después de todo.

—Todo está listo para lanzar la noticia....

—Y de hoy en adelante, como si no nos conociéramos tú y yo... Quiero andar á la sombra en este negocio.

Bryce puso á su padre al corriente del curso de sus proyectos, y para animarlo durante el periodo que estaría sometido á las prescripciones del oculista para recobrar la vista, le anunció, optimista:

—Para cuando ya estés bien de los ojos, ya Ogilvy y yo habremos adelantado mucho en nuestra campaña.

—Quiera Dios que todo os salga bien.... Sin embargo, sepas que he vendido el Valle de los Gigantes, para poder irla pasando... en caso de que tu proyecto fracase.

—¿Vendiste el Valle, dices? ¿A Penington? ...¿No?... ¿No sabes á quién?... ¿Y después de ese sacrificio que has debido imponerte, no crees que hemos de triunfar en nuestra empresa de justa revancha? ¡Oh, sí, padre!

Gracias á la inquieta actividad de Ogilvy, toda la comarca comenzó á hablar del nuevo ferrocarril en proyecto. El periódico local se ocupaba del asunto gracias á la habilidad de Ogilvy, y publicó este suelto que tenía su valor:

### EL NUEVO FERROCARRIL

No es un sueño

*Ya ha sido terminado el plan de los ingenieros, y no se cree que haya dificultades para obtener la concesión del terreno*

Como casi todos los habitantes de Sequioa, Elena reparó en el citado artículo y se lo dió á leer en seguida á su tío:

—¡Bah!—exclamó éste.—Todo eso es puro «bluff»... tal vez con objeto de hacer un mal negocio de maderas.

—Si se construye ese ferrocarril, tendrá que ser cruzando el nuestro y, entonces, dejará



*Afligido por la humillación que le había hecho Penington...*

paso libre para el transporte de la madera de toda la comarca, ¿no?

—Sea lo que fuere, mi idea es no dejar paso á la madera de nadie, sino sólo á la nuestra.

—Pues á mi eso me da mucho que pensar, tío....

La campaña de Ogilvy interesaba á otros propietarios de terrenos madereros que tam-

bién necesitaban línea de transporte. Y como Ogilvy tenía el don de gentes, no le era difícil convencer á aquéllos de que la construcción del ferrocarril era cosa muy factible y completamente decidida.

—No ignoran ustedes—dijo cierta vez á unos ricos madereros—que el plan de Penington es encerrarnos, de modo que no podamos sacar nuestra madera ni venderla. Pero MI plan es encerrarlo á él.

—Conforme; pero su ferrocarril debe cruzar la vía de Penington... Si consigue una concesión para hacer eso, nosotros pondremos el dinero para construir la línea.

—Tengan ustedes la seguridad de ello...

Satisfecho del apoyo que se le brindaba por doquier, Ogilvy dió cuenta de sus acertadas gestiones á Bryce y éste le ordenó en consecuencia:

—Ahora en nuestras manos está todo... Busca al Alcalde y sácale una concesión, aunque sea temporal... antes de que Penington se entere.

—¡Ah! Se me olvidaba decirte que he lanzado el rumor de que Morgan el millonario nos va á dar dinero para la empresa.

—¡Estupendo, chico, colosal!

Ogilvy fué á ver al Alcalde para tratar con él el asunto de la concesión, y, para saber de qué pie cojeaba esa Autoridad, se había procurado informes particulares. Según estos, al Alcalde le gustaba decir discursos y tenía un hijo, llamado Enrique, que era abogado y que *jamás había tenido un cliente ni un pleito que defender.*

Mientras Ogilvy hacía alarde de sus condiciones oratorias ante el Alcalde, enalteciendo

de paso las *peregrinas cualidades* de éste, por el otro lado, Elena explicaba á su abogado porqué no le gustaba el plan del nuevo ferrocarril ni tampoco el plan egoísta de su tío.

—Esta nueva línea no pondría término á las disputas. Si podemos echar por tierra el plan, yo haré que el ferrocarril de mi tío dé acceso á todo el terrotorio.

—Si lograrse usted poner en práctica su noble idea, el pueblo entero le debería á usted mucho, señorita.

—Me voy á ocupar de ello...

Ogilvy se apuntaba un éxito más con el Alcalde.

—¡De modo que puedo contar con la influencia de usted y con que nos hará el honor de pronunciar el discurso de aceptación en nombre del pueblo!... Muchísimas gracias, señor Alcalde. También me hará falta un buen abogado... De modo que si usted tiene la bondad de recomendarme á su hijo...

—Con mucho gusto... y agradecido. Precisamente mi hijo debe hallarse en su despacho en este momento... Voy á telefonarle que va usted á ir á verle inmediatamente, porque supongo que, por tratarse de un asunto que no admite demora, querrá usted ponerse de acuerdo cuanto antes con él, ¿no es verdad?

—Sí, sí, vuelo hacia su despacho... Sí, sí, ya me dió usted su tarjeta. Tanto gusto, señor Alcalde... No se moleste, no valía la pena... Muy buenas tardes... Muy buenas...

Bryce no había podido evitar otro encuentro con Elena y, aunque no muy dispuesto á conversar, aunque fuera poco, con ella, hubo de reconocer que le era muy agradable sentirla á su lado.

Elena, astuta, como buena mujer, adivinó el motivo por el cual Bryce la rehuía, y clarito se lo soltó.

—Usted es la persona misteriosa que está construyendo el ferrocarril, porque mi tío no quiere renovar el contrato de transporte.

—¿Qué? ¿Quién se lo dijo á usted?

—Me lo figuré. Y ahora usted lo ha confirmado.

—Padece usted una equivocación, Elena.

—No disimule conmigo... Se ha hecho usted traición.

De regreso á su casa, Elena le contó á su tío:

—Van á construir realmente un nuevo ferrocarril... y Bryce Cardigan es el que lo está haciendo.

—No hay línea que pueda llegar á la estación ni cruzar los rieles de mi ferrocarril... y no voy á ser idiota, ni ellos tan astutos que obtengan una concesión para eso. Buscaré un medio para frustrar sus propósitos.

Ogilvy había entretanto hecho concebir risueñas esperanzas al joven y tierno Enrique, el hijo del no menos cándido Alcalde.

—Ya lo ve usted, señor abogado. Se trata de un gran pleito á defender. Tendrá usted en él ocasión de hacer valer su talento y alcanzar merecida fama.

—Pondré, caballero, todo mi empeño en la defensa de los intereses de la nueva compañía en formación.

—Entonces, no hay más que hablar. Mandaré á usted un cheque por doscientos dólares... para empezar.

—Muchas gracias... pero no es necesario... le abriré á usted cuenta y liquidaremos cuando se den por terminadas mis gestiones.

—No, no, prefiero anticiparle tondos, los que quiera, á fin de que trabaje usted con amplia libertad... El asunto es urgentísimo y es preciso recurrir á todos los medios posibles para solucionarlo definitivamente en breve. Vea usted el telegrama que acabo de recibir. Es de mi agente en Nueva York.

Enrique, el abogado, se enteró del contenido del citado telegrama, que decía lo que sigue:

*B. Ogilvy — Sequioa.*

*Debe iniciarse construcción inmediatamente para probar buena fe á los capitalistas neoyorquinos. J. P. M. sugiere obténgase concesión temporal cruzar ferrocarril Penington. Telegrafíe respuesta.*

Ogilvy, seguro de haber dado el golpe de gracia al abogado, enseñándole el telegrama, salió de su despacho hacia el de Bryce.

En efecto, el abogado, recordado las tres iniciales J. P. M. que figuraban en el telegrama, exclamó:

—J. P. M. debe ser Juan Pierpont Morgan, el multimillonario... ¡Y yo soy el abogado!...

La satisfacción de Enrique no tenía límite y como su amor propio estaba ya en juego, y deseaba salir airoso de la empresa que le habían encomendado, mucho más tratándose del financiero Morgan, telefonó á su padre, el Alcalde:

—Papá, todo anda á pedir de boca. Ya te lo contaré todo en casa. Es un negocio maravilloso... que me dará mucho nombre... Morgan, sabes, ese ricacho, será accionista... Si se pudiera hacer la concesión inmediatamente...

—¿Cres que sea tan urgente...? De acuerdo, Enrique. Voy á convocar al Ayuntamiento á una sesión extraordinaria, á fin de aprobar la

concesión inmediatamente.

—¡Magnífico! Gracias, papá.

Ogilvy, reunido con Bryce, comentaba con él la situación creada por la noticia de la construcción del nuevo ferrocarril.

—Esto es un éxito, Bryce. Todos tragan el anzuelo... Ahora mismo se me figura que eso de «J. P. M.» está dando resultados. El abogado no debe explicarse aún cómo ha sido posible que se haya pensado en él, precisamente, cuando Morgan podía habernos mandado uno de sus expertos abogados, de talento y acción.

—Por mi parte, Ogilvy, acabo de decir á cierta joven algo que no debí haber dicho... De modo que pronto habrá que luchar á campo abierto.

—Pues mira, esa lucha es la más legal... Lucharemos, hombre, lucharemos, y la victoria será más honrosa.

Mientras el Ayuntamiento se reunía en sesión secreta, Elena fué á ver á Bryce en su despacho, para procurar conseguir que no siguiera adelante la lucha. El motivo escogido para la entrevista era enterarse del estado de su padre en período operatorio.

—Gracias por sus buenos deseos respecto á mi padre, Elena.... Pero.... ¿No había usted venido aquí á otra cosa? Lo mismo que usted supo adivinar mi turbación cuando le solté el secreto de quien era el iniciador de la actual campaña contra su tío, yo sospecho que quiere que hablemos de ello más detalladamente que ese día.

—Ya que usted es tan listo *como yo*, no le voy á ir con rodeos: ¿Por qué no deja usted en paz su plan de construir el ferrocarril? ¿No lo dejará... aunque yo se lo pida?

—Le enseñaré cien razones por las cuales no puedo.

—Dígame alguna de ellas.

—Muchos trabajadores han creado aquí sus hogares.... Otros esperan las pensiones que mi padre ha prometido á los que para él trabajan.... Su tío de usted, con su egoísmo, impediría todo eso, tan bello, tan justo....

—No le niego que las ideas de su padre son muy loables.... No obstante, le apuesto á usted un pastel de moras á que ni siquiera obtiene su concesión.

—Pues yo acepto esa apuesta... y andando. ¿Qué es eso de venir á quitar el tiempo á un hombre tan ocupado como yo, mujer frívola?

—Le ganaré á usted el pastel....

—Eso lo veremos....

—Ganándole el pastel... habrá usted hecho... *un doble pastel.*

—Si se lo hubiera de comer tan á gusto... no creo que nadie me impidiese ofrecérselo á usted....

—¡Ah! ¿Y renunciaría incluso á la concesión?

—Si le fuera á usted en ello la vida... y basta... no quiero enterarla más de asunto tan trascendental. Váyase....

—¿Me echa? Vaya orgulloso....

—Es usted una coqueta.

—Y usted un tonto.

—Tiene gracia.

—Ja, ja, ja.

—Ya la cogeré á usted.

—Que se cree usted eso.... Si no me echa usted un galgo....

—Adiós, adorable demonio....

Jamás se separaron tan felices. Bryce era dueño absoluto del corazón de Elena.

Penington hizo invitar por Elena al Alcalde y á su esposa á cenar aquella noche con ellos, para tratar de asegurarse el apoyo del primero.

Bryce recibió aviso de ello y se preparó á combatir una probable traición del Alcalde.

Lo primero que hizo fué enterar á Ogilvy de la cena en cuestión, recordándole que una inteligencia entre Penington y el Alcalde podría tener sus peligros, toda vez que la concesión que habían obtenido era solamente temporal.

—Llamemos á nuestros trabajadores—terminó diciendo Bryce—y hagamos el cruce antes de que la concesión pueda ser revocada.

El automóvil barato de su marido era la espina que dolía á la esposa del Alcalde, que comparaba el coche con una lata de sardinas. En cambio, el automóvil de Penington no tenía rival en su género. «¡Qué coche, Santo Dios!» —exclamaba, siempre que lo veía, la Alcaldesa. Y la noche de la cena, al llegar á casa de Penington, aquélla, al objeto de excusarse de haber ido allí en la *Lata de sardinas*, achacó á su esposo la culpa:

—Hace más de seis meses que estoy diciendo á mi marido que me compre un automóvil como el de ustedes.

Con la complicidad del champaña, Penington se enteró de todos los planes de Bryce, y cuando consideró llegado el momento propicio, (en que la bebida nublabá el espíritu del Alcalde), le dijo á éste:

—Haga que el Ayuntamiento revoque la concesión y lleve á casa á su esposa en mi automóvil. Los concejales están de su parte... y yo los recompensaré espléndidamente.... Y

daré el asunto á su hijo Enrique... con dos mil dólares por adelantado.

—No es posible.... Estoy comprometido con la nueva Compañía....

—Esa empresa va á ser un ruidoso fracaso y ni usted ni su hijo, defendiéndola, saldrían ganando la mitad de lo que yo les ofrezco. Medítelo bien.... ¿Se decide usted por mí?

—Me pone usted en un grave compromiso....

—Ea, no se resista.... Su esposa tendrá una gran alegría... y le dejará á usted en paz....

—No puede ser, Penington; no quiero retractarme en lo prometido á Bryce.

—Vamos, hombre.... La intención de Bryce es nada más reventarme á mi. Su ferrocarril es una encerrona.... Nada, nada, estamos de acuerdo.... Tú, Bautista: que espere el automóvil en el jardín. Desde éste instante, pertenece al señor Alcalde.

La alcaldesa, al encontrar el magnífico coche de Penington en lugar de la *lata de sardinas*, y al saber por Penington que su marido se lo había comprado para ella, no volvía de su asombro, y subió en él adoptando un gesto de princesa.

Apenas partido el auto, un ruido extraño que llegaba hasta su casa alarmó á Penington, que se figuró lo que estaba ocurriendo:

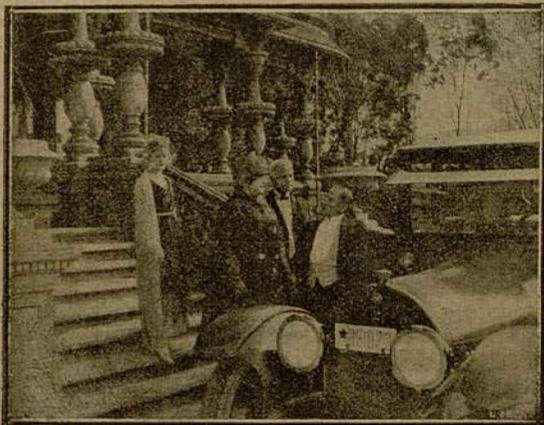
—Apuesto á que es Cardigan apoderándose del cruce—dijo á su sobrina.

Seguidamente Penington y Elena se personaron en el lugar de donde partían los martillazos.

El Alcalde lo había hecho antes, pues había de pasar por sobre la vía para regresar á su casa, y, correspondiendo á la *generosidad* de Penington, ordenó:

—Traigan al secretario y á dos miembros del Ayuntamiento aqui mismo... con el libro de actas... y revocaremos la concesión sin movernos de este sitio.

Penington, por su parte, hizo telefonear al capataz Rondeau que trajera á su cuadrilla en la locomotora de reemplazo. Luego, dirigiéndose á Bryce, le preguntó colérico:



*La alcaldesa, al encontrar el magnífico coche...*

—¿Qué es eso de cortar mis rieles en dos?

—Aqui está la autorización y la concesión.... Cuando haya concluido mi trabajo, sus rieles quedarán como nuevos....

Penington se juró castigar cual, según él, merecía, á Bryce, y se alejó de su lado esperando la llegada de la locomotora con su gente.

Elena se acercó á Bryce y le preguntó si de-

jaría en paz la disputa si su tío consintiera en transportar su madera.

—No, Elena; hemos de darle á su tío una lección.

Rondeau y su gente llegaron y se armó una ruda pelea entre el bando Bryce y el bando Penington.

Elena llamó con urgencia al juez, que llegó inmediatamente.

Penington, dispuesto por cualquier medio á vencer á su rival, compró á un miserable para que lo pusiera fuera de combate.

Bryce no fué más que levemente herido, gracias á que el mestizo Jorge, que vió al asesino apostado, le desvió el arma, presentándolo después ante Bryce, sus hombres y el Juez. El criminal declaró que Penington le había entregado el fusil para matar á Bryce.

Viéndose comprometido, Penington subió en la locomotora de sus hombres, y la puso en marcha hasta colocarse encima del cruce, para impedir que continuase el trabajo.

A poco llegó el Ayuntamiento, y como quiera que el Alcalde iba á revocar la concesión, el juez intervino y, amenazador, le dijo:

—Si os atreveis á revocar esta concesión iréis á dar en presidio, junto con Penington.

Oportunamente llegó la policía y se aplacaron los ánimos.

Se hizo el silencio. El juez, entonces, dictó esta sentencia:

—Ordeno la detención del Coronel Penington por inducir al asesinato.

Bryce, enseñando la concesión, dijo también:

—Exijo que Penington saque la locomotora del cruce.

No le valieron protestas á Penington; fué

detenido y su locomotora sacada del cruce.

Elena, que se resistía á convencerse de la ignorada maldad de su tío, procuró disuadir al juez de hacerlo detener. Mas el juez, seguro de prestar un buen servicio á todo el pueblo y á ella misma, la contestó:

—Penington estaba tratando de robar á todo el mundo, incluso á usted, de modo que ahora sólo tiene su merecido.

Para dar más valor á la concesión temporal concedida por el Ayuntamiento, se obligó al Alcalde á pronunciar un discurso de aceptación... Y el Alcalde hubo de pasar por esta exigencia.

Los hombres de Penington, admirados de la habilidad demostrada por Bryce, se le ofrecieron incondicionalmente, haciéndolo en nombre de todos el capataz Rondeau.

La recompensa de Bryce llegó á su hora: Elena le amó como nunca... y se casaron.

Después de algún tiempo, el viejo Cardigan recobró su vista y llegó á tener la ventura de ver feliz á su hijo al lado de su esposa.

Y cierto día en que el padre de Bryce y su nuera fueron á visitar el Valle de los Gigantes, Elena le dijo:

—Yo compré el Valle para dárselo á la nación, como usted quería... pero no mientras usted viva.

La mayor ilusión de un hombre honrado se cumpliría gracias á la bondad de una mujer que vendría á ser para su hijo lo que para él fué su adorada esposa.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)